

Toda la correspondencia al Director

Telefono 1113

Núm. 3

Oficinas: San Agustín, 10.—Madrid

26 Junio, 1898

Un periódico PARA EL PÚBLICO, sin compromisos con ningún partido, sin apoyo ni protección declarada á cuenta de nadie, sin espíritu de escuela determinada. Un semanario independiente, una tribuna en la que quepan todas las ideas y todas las opiniones en interés de los lectores, que serán colaboradores nuestros cuando quieran enviarnos algo que al público le interese. Eso es el periódico VIDA NUEVA.

Las diferentes opiniones políticas, posiciones sociales y puntos de vista de sus redactores, son garantía de que cada cual de ellos podrá opinar y escribir como le parezca, y por cuenta propia. Venimos á propagar y defender LO NUEVO, lo que el público ansa. LO MODERNO, lo que en toda Europa es corriente y aquí no llega por vicio de la rutina y tiranía de la costumbre. Y con esto queda sentado que VIDA NUEVA será, no el periódico de HOY sino el periódico de MAÑANA. Los nombres de las personas que en él han de escribir semanalmente, deben convencer al público de que esta publicación será todo lo que se quiere y la quieren llamar, pero no será nunca reaccionaria.

Tamayo

Un tablado puesto en alto, luces para simular el día y la noche, telones pintados que fingen campos y ciudades, casas y palacios; hombres y mujeres que interpretan en público lo ocurrido en la soledad del gabinete por un ingenio, procurando que sus sentimientos parezcan de verdad: esto en substancia es el teatro; espejo de la vida donde las cosas se ven de bulto. Cuanto más intensa sea la ilusión que causen en los ojos y en el alma, mejor será la comedia y más excelente autor quien la compaña. Poco importa cómo la haga; unas veces imitando, otras creando, cualquier procedimiento vale, si luego en lo escrito se confunden lo imaginado y lo real hasta formar uno solo; figuras amantadas por la fantasía, héroes arrancados á la historia, seres tomados de entre el vulgo, todos sirven con tal de que lo que sufran y gocen nos llegue al corazón.

El teatro es arte distinto de los demás, y su principal escollo consiste en que, formándose con elementos completamente reales, cae con extrema facilidad en lo falso; de modo que quien sepa evitarlo, quien acierte á que lo imaginado parezca positivo y la imitación se confunda con el modelo, ese merecerá nombre de autor dramático, como Shakespeare y Molière, Calderón y Tamayo.

No es gran exageración colocar el último nombre junto á los tres primeros; Yorick, puede ser hermano de Otelio; la Cecilia, de Lo Positivo, y la Alicia, de Un drama nuevo, andan por los espacios de nuestra memoria tan vivos como la Agnès de La escuela de las mujeres y la Cordelia de El rey Lear. Nosotros no lo veremos; pero cuando la patria sea hayo repuesto de las tristezas presentes, así como hoy vienen á España compañías de cómicos extranjeros para que admiremos á Desdémona y Otelio, irán los nuestros por tierras extrañas paseando entre aplausos el pundonor indomable de La rica-hembra y la amorosa locura de la reina Doña Juana.

Por instinto privilegiado, por perspicaz observación ó por ambas cosas á la vez, ha sido Tamayo un creador de mujeres. Las de sus dramas retratan casi todas las fases del alma femenina; Virginitas, la castidad que llega á heroísmo; La rica-hembra, la honrosidad que desciende á la más baja de las honras; Adelaida, la mujer de bien, la desordenada violencia del orgullo; Cecilia, de Lo Positivo, la frialdad del egoísmo venido por la cordura; Clara, de La bola de nieve, la ciega vehemencia de los celos; Alicia, de Un drama nuevo, la pasión que puede ser culpable sin hacerse aborrecible; y Doña Juana, de Locura de amor, el amor sin límites, tan profundo que ni con la muerte del amado se acaba, tan soberano que hasta se sobrepone á la razón y la turba para que jamás el olvido pueda enseñorearse de ella.

En todos estos tipos, unos inflexibles y de una sola pieza, otros vacilantes y complejos, se cumple aquella fusión afortunada donde se compenetra lo que por intuición se adivina y lo que de la realidad se estudia: en cada uno de ellos está lo verdadero al lado de lo verosímil; lo visto junto á lo presente; los dos veces mujeres, primero por su índole y luego por el amor que inspiraron al poeta; el cual no fue nunca para ellas acusador y pocas veces juez severo, sino casi siempre amante: como esos pintores, enamorados á lo artista, que aun haciendo parecido el retrato halagan al original. Quizá esta alta idea que de la mujer tiene y este amoroso respeto con que la trataba distinguió á Tamayo de los dramáticos de nuestro siglo de oro á quienes en otras cosas tanto se parece: porque es indudable que aquellos grandes poetas estaban demasiado poseídos del misticismo que miraba con recelo á la mujer, considerándola como origen de tentación ó instrumento de pecado. En nuestro teatro antiguo quien vale es el hombre, consagrado al doble culto de Dios y del honor; ellas, por regla general, no tienen más misión, las vulgares, que disputarse á los amantes, y las escogidas que servir de piedra de toque donde se prueban aquellos sentimientos. Lope, Moreto y Tirso, con más ó menos profundidad, con más ó menos gracejo, parecen recordar las palabras de Fray Luis de Granada: «las mujeres roban el corazón del sabio» y «cuanto hay en ellas es lazo».

Por el contrario, en el teatro de Tamayo resalta sus virtudes casi como atributos: toma de su naturaleza lo mejor: sus mujeres son enamoradas constantes, castas, pudorosas, fuertes: cuando yerran es por amor, desfalleciendo el corazón á despecho de la voluntad.

Al retratar á los hombres fué menos poeta y más filósofo: en ellos puso la inconsistencia, el egoísmo, la hipocresía y la envidia.

Pero no basta que en el teatro la mujer delite por su belleza moral y el hombre sirva de ejemplo por sus virtudes ó sus malas pasiones: hace falta que sus actos sean verosímiles. Los afectos humanos nacen y se modifican en la vida sin que haya á veces cosa que lo justifique: en las tablas todo ha de parecer razonado aunque no sea racional. Tal es la injusta pero acaso necesaria exigencia que hacen al autor dramático el público y la crítica. Aunque la lógica escasee en el mundo, la quieren en la escena; cuando falta, lo patético hace reír, lo cómico pone de mal humor; y esto sólo lo evita el autor que sabe planear bien.

Tamayo lo hizo con extraordinaria maestría: los planes de sus comedias son clarísimos. Pinta los caracteres, expone el caso en que intervienen, hace que se porte cada cual como quien es y conforme á la influencia del prójimo, y los hechos se suceden formando un todo donde lo que antecede

prepara y explica lo que sigue para que, suceda lo que quiera, nada sea tenido por absurdo.

El mundo nos tiene acostumbrados á que un impulso irresistible, la violencia de un temperamento, lo anómalo de una situación, determinen pasiones y actos. Esto no se tolera en el teatro: la perdición moral de Adelaida, en Los hombres de bien, ha de venir por sus pasos contados; la envidia de Yorick, en Un drama nuevo, se ha de desarrollar lentamente.

En determinar, justificándolo de antemano, el influjo que unos personajes ejercen sobre otros, poquitos autores han igualado á Tamayo. En La bola de nieve hay quien por celos llega, mediante una gradación habilísima, desde las burlas que hacen reír hasta la excitación al crimen: en Lances de honor hay otra mujer tan poderosamente cristiana que, anteponiendo sin contradicción la doctrina á la sangre, deja de parecer madre por aproximarse á santa; y en Un drama nuevo lo casual, elemento de tan difícil manejo que debe quedar proscripto en el teatro, está empleado con tal habilidad, que parece en cierto modo consecuencia de las primeras situaciones.

Cuando Tamayo infunde un sentimiento ó una pasión en el corazón de un personaje lo hace con tal energía, que sus rasgos individuales de hombre ó mujer, sus cualidades buenas ó malas, adquieren con frecuencia, por ciertos rasgos sintéticos, el alcance propio de esas grandes figuras que personifican un estado de ánimo: así, aquel Don Fabián de Lances de honor, que al verse ultrajado, exclama: «ni por Dios sufro yo un bofetón», es el tipo del caballero profundamente religioso, devoto, hasta fanático, que olvida y atropella el precepto divino cuando se siente herido en lo humano.

En lo que se refiere á la forma, Tamayo ha sido un escrupuloso conservador del idioma: á semejanza de todos los que lo conocen en sus fundamentos, se preocupaba principalmente de la corrección y pureza: la espontaneidad y frescura que hubiera admirado en otros, le habría en sí parecido intolerable desaliño. No convenía generalizar aquel rigor, pero bueno es que algunos literatos lo defendan y practiquen, pues la lengua castellana es tesoro más difícil de guardar que de acrecer.

Cuando los personajes de Tamayo hablan por cuenta propia, en esos momentos en que se des-

que piensa el autor sobre el papel de pronto. Notable caso en que el poeta acierta á ser otro y á sí mismo no logra contenerse. Su prosa es castiza, llena de nobleza, y acaso poco natural; parecida al aspecto de esos grandes señores que, temiendo caer en la vulgaridad, se exponen á tocar en la alíve. Su versificación es más fácil y galana: diríase que era dominado por la prosa y se hacía dueño de la rima.

¿Era profundamente reaccionario, como afirman algunos? No me atreveré á negarlo. En la conversación lo parecía; en sus obras sólo lo revela por cierto exceso de celo religioso, donde llega hasta la confusión de la idea artística con el sentido moral. No ignoraba, sin embargo, que ideas perversas y pensamientos impíos pueden revestir forma bellísima.

En sus dramas hay arranques que permiten asegurarlo, pues los dejó escritas sabiendo, aunque luego, sobreponiéndose el creyente al artista, pretendía desvirtuarse echando agua bendita sobre aquellas que se le antojaban flores del mal. Parecía poner empeño en probar que la belleza moral es soberana, exclusiva, sin recordar que lo bello, como Lutzel, puede ser malo. Mas esto no ha mermado en nada su mérito ni su gloria. Ciega adoración á lo pasado, confiada esperanza en lo porvenir, maledumbre ante la desgracia, protesta contra el dolor, todo cabe en el arte, desde el éxtasis del vidente hasta la blasfemia del reprobo, como caben todos los amores en el corazón del hombre, desde el de los sentidos, que saciándose se hastían, hasta el culto de la madre, que no se extingue jamás.

Hacia muchos años que Tamayo estaba alejado de lo que más amaba, el teatro: triztera grande, indudablemente compensada con el respeto, rayano en veneración, que le profesaban aún los parciales de las tendencias más opuestas á las suyas. Ha saboreado en vida la dulzura de saber que se le consideraba como una de las pocas personalidades literarias indiscutibles de su tiempo. Antes de morir se le había hecho justicia; y hoy, vuelto ya su cuerpo á la tierra de donde procedía, le consagran con igual fervor su oración el creyente y quien carece de fe, un pensamiento de piedad, porque ha contribuido con sus obras á que amemos el bien y la belleza. Cuando se piensa en muertos así, todo es orar.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

LETRAS

pasadas de moda

Con la asistencia de una mano delicada, solicita en los regalos del riego, y en los reparos de las ofensas del sol y del viento, crece la rosa, y sueto el nudo del botón extendiendo por el aire la pompa de sus hojas. Hermosa flor, reina de las demás; pero solamente lisonja de los ojos, y tan achacosa, que peligró en su decidez.

El mismo sol que la vió nacer, la ve morir, sin más fruto que la ostentación de su belleza, dejando burlada la fatiga de muchos meses, y aun las-

timada tal vez la misma mano que la crió, porque tan lasciva cultura no podía dejar de producir espigas.

No sucede así al coral nacido entre los trabajos, que tales son las aguas, y combatido de las olas y tempestades; porque en ellas hace más robusta su hermosura, la cual, endurecida después con el viento, queda á prueba de los elementos para ilustres y preciosos usos del hombre.

Tales efectos, contrarios entre sí, nacen del nacimiento y crecimiento de este árbol y de aquella flor, por lo morbido ó duro en que se criaron, y tales se ven en la educación de los príncipes, los cuales, si se crían entre los arroyos y las delicias, que ni los visite el sol ni el viento, ni sientan otra dura que la de los perfumes, salen achacosos é inútiles para el gobierno, como al contrario, robusto y hábil quien se entrega á las fatigas y trabajos.

Con éstos, se alarga la vida; con los delicias, se abrevia. Un vaso de vidrio formado á soplos, un soplo lo rompe. El de oro, hecho á martillo, resiste al martillo. Quien oficiosamente ha de pasear sobre el mundo, poco importa que sea delicado; el que le ha de sustentar sobre sus hombros, conviene que los críe robustos. No ha menester la República un príncipe entre cristales, sino entre el polvo y las armas. Por castigo da Dios á los vasallos un rey afeinado.

La conveniencia ó daño de ésta ó aquella educación, se vieron en el rey D. Juan el II de Castilla, y el rey D. Fernando el Católico. Aquél se crió en el palacio, éste en la campaña. Aquél entre damas, éste entre soldados. Aquél, cuando entró á gobernar, le pareció que entraba en un golfo desconocido, y desamparando el timón, le entregó á sus favoritos; éste no se halló nuevo, antes en un reino ajeno, se supo gobernar y hacer obedecer. Aquél fué despreciado, éste respetado. Aquél destruyó su reino, éste levantó una Monarquía. Considerando esto el rey D. Fernando el Santo, crió entre las armas á sus hijos D. Alfonso y D. Fernando. ¿Quién hizo grande al emperador Carlos V, sino sus continuas peregrinaciones y fatigas?

SAAYEDRA FAJARDO.

DOÑA ISABEL D. RAMÓN Y D. EMILIO

—Oiga usted, maestro D. Ramón—preguntamos ayer al ilustre, alhumoral poeta Campoamor.

—¿Una Dolora?—respondió explorando nuestras alevosas intenciones, con su mirada penetrante y melancólica dulzura. Estoy yo bueno para Doloras. ¡Si fuera para dolores!—añadió tristemente.

—Se trata, D. Ramón, de molestarle con un atrevimiento reporteril.

Según habrá usted leído, Castelar en cierta interview que tuvo el otro día con un periodista alicantino, desmintió rotundamente la página del libro escrito por Muñiz acerca de la Revolución de 1868, que reprodujo VIDA NUEVA en su primer número, y se refería á la intervención de la reina Isabel en la salvación del eminente tribuno, cuando los sucesos del 22 de Junio de 1868. Según refiere Muñiz, usted, D. Ramón, intervino en la cosa é intervino también doña Carolina Coronado.

—Efectivamente—respondió D. Ramón,—Castelar estaba oculto en casa de doña Carolina Coronado, y yo, por encargo de doña Isabel, saqué á Castelar de allí y le conduje á una Embajada... Emilio estaba condenado á ¡garrote vil!

—De modo que el hecho es exacto.

—Exactísimo. Por mi parte, con mi palabra respondiendo, palabra leal de poeta. En cuanto á doña Carolina Coronado—desgraciadamente para la literatura española—no puede volver á este mundo vil y confirmar mis palabras. En cuanto á Castelar...

D. Ramón se sonrió como en sus mejores tiempos. Y nosotros nos despedimos diciéndole:

—D. Ramón, mil gracias por la interview y por... la Dolora.

—¿Qué Dolora?

—Esa sonrisa de usted...

—¡Hombre! ¡Hombre! ¡Bueno estoy yo para Doloras!...

La vergüenza nacional

Los partidos gobernantes y sus órganos en la prensa, se han quitado ya la máscara belicosa y no sólo no se recatan de pedir la paz sino que por ella claman «con voz de dolor y canto de gemido». ¡Oh con que patética elocuencia nos hablan de las angustias de las madres, de la orfandad de los hijos, de los talleres desiertos, del trabajador sin pan, de los asamientos y estragos que forman el bárbaro cortejo de la guerra. Tanta sensibilidad haría llorar hasta las piedras, si no estuviese en grotesca contradicción con las gallardías de hace dos meses.

¿Quién no recuerda el entusiasmo guerrero del gran Aguilera, cuando el tren que se llevaba á Woodford, salió silbando, quizá significativamente, de la estación del Norte? ¿Quién, si tuvo la dicha de contemplarlo, ha podido observar la gentil actitud del Gobernador en Madrid, manejando á guisa de muleta una bandera de percalina nacional en el escenario del teatro de la Zarzuela? Y donde dejáramos las enérgicas frases del Sr. Sagasta, las declaraciones del Sr. Correa y las patrióticas manifestaciones del Senado y del Congreso.

Dos meses han pasado y las lauzas se han vuelto cañas. En rigor los alardes de ayer, tenían el mismo origen que tienen las tendencias pacíficas de hoy. Se declaró la guerra por miedo; se busca hoy la paz por miedo. Creyese que si se resistía á la corriente popular que pedía la guerra por boca

de unos cuantos desocupados, iba á levantar la formidable cabeza la hidra de la revolución; hoy se pide la paz por temor á la susodicha hidra. Entonces y ahora la defensa de nuestro territorio y nuestro decoro eran y son mirados como cosas secundarias.

¡Nuestro territorio! Fuera de los límites de la península, «apenas si hay una almena que podamos decir que es nuestra.» Cuba la damos por perdida, Puerto-Rico está amenazado, Filipinas es de Aguinaldo... Nos quedan los presidios de África. ¿Qué símbolo?

¡Y el honor nacional! Hemos convenido ya en que el honor nacional es una cursería, propia de pueblos atrasados y semi-salvajes. A la luz de esta filosofía novísima, lo mejor que hay que hacer es quemar el libro de nuestra historia. Palafox contestando á la proposición de «Paz y pan», con el grito de «Guerra y cuchillo»; Alvarez señalando á los defensores de Girona por toda retirada el cementerio, los chisperos de Madrid, los soldados de Bailén, los vencedores de Talavera, las guerrillas de Mina y el Empecinado, las tropas de Arapiles, ¿qué fueron si no una muchedumbre de insensatos? Otro gallo les habría cantado si en vez de defender palmo á palmo el suelo de la patria, y de sembrar con sus huesos los campos españoles, y de empapar con sangre los riscos de nuestras libres montañas, se hubieran apresurado á pedir la paz al invasor.

No habrían llorado entonces las madres, no se habría interrumpido el trabajo en los talleres, no se habrían arruinado los ricos y sufrido hambre los pobres, ni nosotros, nietos de aquellos insensatos defensores de esta desventurada tierra española, sentiríamos el rubor del oprobio en las mejillas, al comparar lo que somos con lo que fuimos... Todos ellos, hubieran vivido felices y orondos, sin más contrariedad que la de besar las botas de los soldados de Napoleón ó la de aguantar de cuando en cuando algún amistoso puntapié por el estilo del que nos disponemos á recibir del zapatungo herrado del tío Sam.

Ahora somos prácticos. ¿El honor?... Valiente teoría. Pidámos la paz con las manos bien repletas; hagámonos salir á nuestros soldados de tierras que conquistaron nuestros antepasados y regaron con sangre las generaciones de cuatro siglos; pidámos auxilio á los barcos extranjeros para que sus capitanes, por caridad libren á nuestros compatriotas del furor de los tagalos; busquemos al Papa, para que como su tío San León, amanse la furia del Atila yankee; y si alguno nos habla de vergüenza nacional contestemos como la maja del sainete clásico:

«Sale á los carrillos de la cara, que con pasar la mano, ¡agur, amigo! se queda una persona descansada.»

Y si por acaso, á pesar del consejo sainetesco sentimos que la indignación nos rebosa en el pecho al ver perdidos los restos gloriosos de nuestra grandeza, contentémonos en llorar como hembras ya que no hemos sabido defenderlos como hombres.

ZEDA.

Venga el diluvio

(A EUSEBIO BLASCO, PABLO IOLASIAS Y MARÉ Y FLAQUERO.)

Siga la guerra que encendió la odiada y odiosa turba que en España impera.

Siga el desastre y el expolio fuera, y dentro siga la toraz manada.

Ya vendrá, ya vendrá la ola irritada cuyo poder que mata, regenera.

Su redención, la patria, sólo espera del justo golpe de su recia espada.

Dejad, dejad que la tormenta pase, no pidáis paz hasta que el agua arrase la aluva cuando donde el mal se asoma.

Cuando ni rastro de impureza quede, del arco salvadora salir puede por el ramo de oliva, la palomar

J. JURADO DE LA PARRA.

Ocho hombres nuevos

Se dice si habrá crisis ó no la habrá. Es igual, tras este Gobierno vendrá otro, sobre poco más ó menos, lo mismo. Hace treinta años que el poder es un monopolio del Estado, como el tabaco ó las cerillas.

Ya sabemos que no hemos de salir de los mismos nombres y apellidos de siempre. Sucede como en las revistas de salones ó en las listas de los que van al primer turno del Real. Las mismas duquesas, los mismos condes, los mismos banqueros. Jamás se nombra al modesto abonado que paga lo mismo que ellos, como jamás se nombra en las crisis á ningún hombre de los mil que viven obscurcidos, eclipsados, achicados por los caciques del poder.

La gran prueba de talento que daría la corona en la primera crisis y en las graves circunstancias actuales, sería nombrar ocho ministros y ocho subsecretarios nuevos; nuevos directores, nuevos generales, nuevos hombres públicos, que ya los encontraría buscándolos bien. Pues que, ¿no hay en Madrid, no hay en España más que los de siempre? ¿Siempre se ha de consultar á los mismos? ¿Y en el estado del país no hay que acudir á quien tenga nuevas iniciativas?

Aquel artículo de D. Eusebio Blasco en el Herald proponiendo un Gobierno verdaderamente nacional, no tenía más que un defecto, el de incluir á los carlistas en la combinación, porque con esos no se puede ir á ninguna parte; pero los republicanos conservadores, castelanos ayer y hoy libres de su voluntad, cabrían muy bien, así como representantes de todas las demás opiniones. Pero gente novísima, apellidos que no estén usados, manoseados y gastados, y con hombres nuevos que los lleven y sean capaces de arrostrar responsabilidad.

des. La paz honrosa ó el fin de tanta desventura, no los puede resolver un partido solo. La responsabilidad debe ser de todos, como representantes de la nación, y no son los hombres que vienen viviendo al día y para ellos solos hace tantos años, los que han de salvar la situación. Esto es lo evidente y lo patriótico, y no tiene duda.

«El general de los jesuitas!»

Disentimos en absoluto de las ideas que representa en política el Sr. Romero Robledo, pero las revelaciones que hizo el jueves en el Parlamento le convierten esta semana en colaborador nuestro. Sepa el país, sepa la Europa moderna, qué hombre político nos espera, ó mejor dicho, nos amenaza.

Dijo el Sr. Romero Robledo:

«Envío el general Polavieja persona autorizada para tratar con el cabecilla Aguinaldo: esto se halla escrito.

El superior de los jesuitas en Filipinas fué el comisionado, y escribió á Emilio Aguinaldo.

Así aparece en un periódico que se publica para repartirlo entre los individuos de la Compañía de Jesús.

El Sr. Romero Robledo dió lectura á dicho periódico, en el que consta que la intervención fué solicitada por el general Polavieja, quien solicitó de los jesuitas tratan de pactar con los rebeldes tagalos.

Aguinaldo recibió á estos emisarios de paz, y después de una carta del superior de los jesuitas y otra del Sr. Comenge. Es decir, que el cabecilla trataba la cuestión de potencia á potencia.

Es decir, que los jesuitas están á las puertas del poder, que el general cristiano, aquel á quien salieron á recibir curas y frailes, es el que según dicen, ha de gobernar, con preferencia á los Weyler, Martínez Campos, López Domínguez, Correa, Borrero, Lachambre, etc., representantes del ejército español (que es un ejército liberal sobre todos los del mundo).

Y aquella Zaragoza liberalísima se vuelve loca ante este general de la Compañía de Jesús!

¡Que corra esta nota, que corra por toda España, porque es muy urgente!

¡Muera Don Quijote!

Con tanta razón, como Carlyle de la obra de Shakespeare y el imperio de la India, debemos decir que el Quijote vale para España más que su moribundo imperio colonial. A la luz del Quijote debemos ver nuestra historia.

El pobre hidalgo manchego, una vez perdido el seso por la lectura de los libros de caballería, echóse por esos campos á desahogar lo que se le antojaba tuerzas y á conquistar imperios. Y no por culpa suya, sino de su caballo, solía verse tendido en tierra cuando menos lo esperaba, por culpa de aquel rocín al que dejaba tomar camino á su talante, creyendo que en esto consistía la fuerza de las aventuras. Tampoco por culpa suya, sino por la de los Gobiernos que le llevan á su capricho, se ha visto más de una vez tendido el pueblo español y á merced de mozos de mulas que le molieran á su sabor ¡La costilla. El pobre caballero y el pobre pueblo saben por lo menos consolarse y no es poco esto.

Cuando el caballero de la Blanca Luna venció á Don Quijote y sin hacerle caso á aquello de «quitame la vida, pues me has quitado la honra», le mandó se volviese á su lugar á descansar un año, tomó nuestro hidalgo camino de su aldea, dispuesto á cumplir lo que le fué mandado. Mas no bien llegó á su hogar, cogióle una calentura que le costó la vida. Y entonces, al despertar curado tras un buen sueño de seis horas, bendijo al poderoso Dios, cuyas misericordias no tienen límite, «ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.» Sintióse á punto de muerte quiso hacerla de tal modo que diese á entender que no había sido su vida tan mal que dejase renombre de loco. «¡Dadme albricias, buenos señores!—dijo á sus amigos—que ya no soy yo Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de bueno.» Así murió, con muerte ejemplarísima, el caballero Don Quijote, el histórico, para renacer ante el juicio de Dios en el honrado hidalgo Alonso Quijano, el eterno.

La locura es en cada cual á quien toca, trastorno de su cordura; según se es cuando vuélvese uno loco, pero á la vez la locura cae todo el peso de soberbia y de vanidad humanas que en todo mortal decausan. La extraña y temporal locura de Don Quijote, fué acaso trastorno de la bondad eterna de Alonso Quijano, pero fué además explosión de soberbia de espíritu impositivo. Creyóse ministro de Dios en la tierra y brazo por quien se ejecutaba en ella su justicia.

España, la caballerescas España histórica, tiene como Don Quijote que renacer en el eterno hidalgo Alonso el Bueno, en el pueblo español, que vive bajo la historia, ignorándola en su mayor parte por su fortuna. La nación española,—la nación, no el pueblo—molida y quebrantada, ha de curar, si cura, como curó su héroe, para morir. Si, para morir como nación y vivir como pueblo.

Las naciones, en efecto, laborioso producto histórico, han de morir tarde ó temprano, y creo y espero y deseo, que mucho antes de lo que nos figuramos. Les sobrevivirán, de un modo ó de otro, los pueblos, su impercedera substancia. La obra mayor tal vez de la historia, sea crear razas históricas y dar á los pueblos personalidad diferenciados, y preparar así la integración futura de la universal familia humana, bajo el Padre común.

se una a otra las razas blanca y negra, y después exterminar a las dos la raza yanqui, que sueña há tiempo con fijar los límites meridionales de su imperio hasta Jamaica exclusiva en el mar de las Antillas, y en el continente hasta el Yucatán. Y después de estas cesiones y de esta paz humillante, *¡lloremos como mujeres!* lo que no hemos sabido conservar como hombres serios y formales.

Y pasada tan dolorosa Cuaremas volveremos a entregarnos a lo flamenco y lo bufo, y olvidaremos nuestros pesares concurriendo a las fiestas de alguno de los cuatrocientos circoos taurinos que han surgido de los cuatro que había en España el morir Fernando VII. Perdóneme usted, señor de Cavia, que le haya molestado con estos desahogos patrios, que he escrito con pena; si de algo le pueden servir, utilícelos como guste, creyendo innecesario rogarle que no figure mi nombre para nada, pues ni hay para qué, ni mi edad y posición requieren; ni necesitan inmerecida nominación.

L. reitera su estimación su atento amigo y seguro servidor q. l. b. s. m.—V. V.

El padre de la prensa

¡Oh, qué generoso, qué generoso ese D. Carlos VII!

Su amor a la prensa—según dijo a un periodista español que habló con él hace días en Bruselas—no tiene límites.

—Quiero a los periodistas y los respeto—exclamó.

¡Conformes! Tanto quiere a los periodistas don Carlos, que aguarda con impaciencia el dichoso día en que los vea quemar en la Plaza Mayor de Madrid y les imponga el sambenito y la corzoza.

¡Que no se le escape uno! Porque uno que quiso escaparse, el desventurado é inocente conserje alemán Smith, se fué a dar cuenta al otro mundo del amor, del paternal cariño que D. Carlos tiene hacia los periodistas.

Y la sombra del periodista Smith, bárbaramente fusilado en Abarzuza durante la guerra civil, se interpondrá entre la civilización y D. Carlos mientras haya civilización y haya barbarie.

¡Qué amor el de D. Carlos hacia la prensa!

Y qué tontería cometió Alemania cuando, poseída de indignación por tan bárbaro atentado, hubo de prohibir al hombre del Toisón que pisara el suelo alemán, so pena de ser tratado como un criminal vulgar!

El derecho a la sorpresa

Que en esta guerra vayamos resultando vencidos, no debe sorprender a nadie en España.

Todo el mundo lo creía así antes de empezar la guerra. Se fué a ella por honor, y desde el presidente del Consejo de ministros, hasta el último periódico y el último ciudadano, declararon que sólo aspiraba España a una derrota gloriosa.

El pueblo español no tiene, pues, derecho a sorprenderse de que nos venzan en Cavite y en Santiago de Cuba. Tiene derecho a sorprenderse de cómo nos vencen.

¡Tan rápida y fácil é impune! ¡Contra marinos sin barcos y contra plazas sin cañones!

CÉSAR NOCÉM.

Instituto Cajal

Nos complacemos en manifestar que el proyecto del Instituto a Ramón y Cajal, ha merecido el beneplácito de todos, y que son muchas las personas que desean cooperar. Deseamos que sea una obra verdaderamente nacional, y nos permitimos advertir que con sólo una peseta que diera todo español de buena voluntad, habría para hacer una obra impecable.

Damos las gracias a la prensa de Madrid y de provincias que han llamado la atención hacia dicho proyecto; no esperábamos menos, convencidos como estamos todos de que es una gran verdad, el pronóstico de Renán, *el hombre se emancipará por la ciencia*, y que ésta es el único medio de romper con la rutina, pues no se destruye sino aquello que se sustituye.

Todas las personas, corporaciones y todas las entidades que quieran contribuir a esta obra de gratitud y de regeneración, se les agradecerá infinitamente lo hicieran saber en la redacción de VIDA NUEVA.

EL ABURRIDO DE VENECIA.

Eran las cuatro de la tarde en el reloj monumental de la Procuraduría Vieja cuando entré en la plaza de San Marcos.

El sol de primavera, tamizado por la sutil neblina de las lagunas, coloreaba con suave tinte anaranjado las tres alas de la plaza, con sus sobrias columnatas de mármol, y en el fondo, cerrando como murallas de oro el gigantesco cuadrilátero, alzaba la basílica de San Marcos, dorada, afiligranada, casi aérea, cual maravilloso relicario digno de ostentarse sobre el pecho de la esposa de Micromegas.

La banda municipal de Venecia, una de las mejores del mundo, conmovía los ecos de esa plaza, jamás desbordados por el rodar de un coche ni el trotar de un caballo, con la arrebatadora cabalgata de la *Walkiria*; la valiente página de Wagner, que despierta estremecimientos de asombro y entusiasmo, parecía hacer palpitar con momentánea vida los cuatro corceles de bronza pateantes sobre la portada de la basílica; volteaban en el espacio como tromba de plumas los mil palomos de San Marcos, arrojándose con arrullador impulso sobre los grupos de niños que le presentaban granos de trigo en sus manecitas; y por debajo de los pórticos, antes las deslumbrantes joyas y las tiendas de azules espejos, paseaba esa población cosmopolita y bizarras, que la hermosura de Venecia atrae de todos los extremos del mundo: americanas morenas de ojos sofocados y varonil andar; austriacas esculturales, macizas, con la rubia cabellera suelta como bandera de oro, y esbeltas inglesas ostentando bajo el sombrerito de paja los bucles cenicientos y los ojos azules, profundos y melancólicos, que parecen reflejar la suave y tranquila belleza de los lagos de Escocia.

La primavera veneciana acariciaba la plaza con su hábito tibio, en el que se confunden la salitrosa y vivificante emanación de la laguna con los perfumes de los jardines del Lido. Brillaba al sol la decoración policroma de la plaza; parecían arder los muros pintados de ese rojo obscuro que domina en toda la ciudad y los artistas llaman *rojo veneciano*, y el aspecto de la animada muchedumbre traía a la memoria los recuerdos gloriosos del arte en Venecia, como si al mágico conjuro de la música de Wagner resucitasen todas las esplendidesas figuras en el lienzo por Ticiano, el Veronese y Típolo.

Algunas palabras españolas que sonaron a mi espalda, hicieron volver rápidamente la cabeza. Salían indudablemente de labios poco acostumbrados a pronunciarlas; las *erres* se arrastraban trabajosamente, sin lograr despojarse de un envoltura de *ges*, y las *jotas* acababan por no salir después de trabajosas intenciones de evasión... Eran sin duda comisionistas de comercio ó tu-

ristas que, preparando su viaje a España ejercitaban en el castellano.

Pero cuando al volver la mirada me encontré con un matrimonio que marchaba lentamente, cogido del brazo, parándose ante los escaparates, reconociendo inmediatamente sus rostros, muchas veces vistos en ciertos periódicos, y no pude contener una exclamación de asombro.

Esto último requiere explicación. ¡Extrañárense los curas belicosos, los enérgicos de seminario, los aventureros que sufren la nostalgia del monte y al abrir el periódico del partido buscan inmediatamente la noticia de que el *Señor* sigue sin novedad en su importante salud, allá en el palacio de Loreán! Inconvenientes de las malditas creencias liberales é impías. Yo, tan español como ellos estaba en Venecia cuatro días, y subyugado por la belleza de la ciudad, los esplendores de San Marcos y el palacio de los Dogas, ni remotamente había cruzado por mi memoria el recuerdo de que en el mismo sitio vive el hombre destinado por la Providencia para hacer la felicidad de España.

Por esto al verme repentinamente en presencia de D. Carlos y doña Berta, no pude contener el asombro que me causaban, no sus regias personas, sino mi falta de memoria de respeto a la majestad.

La vi a ella pequeña, delicada, con la tez amarillenta, de insignificante belleza, los ojos menudos pero vivos, con cierta siltidez imperiosa que delata ambición y tenacidad. Los años pasados en el convento se revelan aún por cierto encogimiento, por falta de costumbre en llevar las modas modernas, hasta el punto de que el elegante vestido de luto parecía querer huir de su cuerpo moldeado por el hábito.

El era el de siempre: pero no impunemente pasan los años y se adquiere fama de atleta en los juegos olímpicos del placer. Aún está en pie aquel buen mozo que no dejó a una sola de las guapas muchachas de Navarra sin conocer a qué sabe la carne de rey; pero se sostiene como torre arruinada, con retoques y falseamientos interiores; la barba gris con más pelos blancos que negros, los ojos empujados por las profundas arrugas de la pata de gallo, y el andar inseguro y pesado del que siente que los placeres se venguen cosquilleándole dolorosamente la médula.

Apoyábase en el brazo de su mujer, y a pesar de su alta estatura, que aún parece mayor al lado de la pequeña doña Berta, notábase la superioridad de ésta. Se adivinaba el imperio de la mujer que, por ser dueña de los millones domina al marido arruinado, y poco segura de él, lo tiene a todas horas bien sujeto, imponiéndole su voluntad.

Aún recuerdo con todos sus detalles aquel encuentro. Cuando se pasea por el vacío de un país extranjero la irrisoria majestad de un trono fantástico, cuando se sufre el aburrimiento de la soledad lejos de una nación en la que se tiene partidario y de los cuales se habla a todas horas a la mujer que ha entregado mano y fortuna esperando sacar del negocio una corona de reina, se siente la necesidad de tener noticias de allá que no sean las frías y concisas de los periódicos, se desea recibir todos los días la visita de un fiel cuyo fanático entusiasmo avive la fe de los que languidecen en el aislamiento de una ciudad liberal é indiferente.

Por esto D. Carlos, al notar mi exclamación, ó más bien dicho mi interjección española de sorpresa, seguida de miradas, debió tomarme por uno de sus vasallos, por algunos de los que hacen el viaje con la esperanza de admirar al Señor, y pasó junto a mí sonriendo benevolente.

A pocos pasos detuvieron ante un escaparate. No miraban nada. Hablaban en voz baja y por ciertos movimientos de él adivinaba lo que decía.

—Ahí detrás hay un español. ¡Pobrecillo! Debe ser uno de los nuestros que habrá hecho el viaje sólo por vernos.

Y los dos volvíronse lentamente para ver al vasallo que estaba a pocos pasos. Ella sonreía maternalmente, como animándose con asistida bondad a que me aproximase. Hermoso momento para haber reproducido una escena de la *Edad Media*, erudiéndose a una pie, como un gran honor al que se agrega majestad se dice habitarle de él.

Pero no sé qué demonios vieron en mí, no sé si reí o hice alguna mueca, lo cierto es que repentinamente reclinaron su gravedad de reyes ceñidos alejándose como si nada hubiera pasado.

Después volví a encontrarlos. La plaza de San Marcos es el único paseo de Venecia, y aunque grande, se cruza uno en una tarde más de cincuenta veces con las mismas personas. Perdí de cuenta los encuentros con el regio matrimonio, el cual parecía multiplicarse como si tuviera don de ubicuidad: unas veces paseando en el Lido, otras en góndola en el Gran Canal, y hasta una noche en las mesas del café Florian. Acabé por saberme los nombres de memoria.

Y siempre al verle a él, asaltaba mi imaginación el mismo recuerdo. Me transportaba a los tiempos de mi niñez; la juventud en masa arrancada de los campos y talleres para reforzar el ejército; el movimiento de producción paralizado; el progreso detenido; las ciudades convertidas en cuarteles con las trompetas siempre resonando en las calles y las casas repletas de alojados; las columnas pasando y repasando por los mismos sitios con sus soldados andrajosos, polvorientos, tostados, ceñidos, con lenguas barbas y mirada fosa, siempre en busca de un enemigo que sólo se mostraba cuando era cien contra uno; las sangrientas luchas de hálbita reproduciéndose en Cataluña y el Maestrazgo; el hermano matando al hermano; el padre fanático reconociendo el rostro del hijo en el recluta que acaba de tender a sus pies; el cura Santa Cruz resucitando la guerra de horda, luchando a impulsos de la barbarie hereditaria como pudiera luchar una tropa de hunos; los bandidos con buña cegando las simas con carne humana; inermes prisioneros con los pantalones caídos y obligados a huir tambaleantes ante la caballería que los acuchilla, mientras los canallejas del *regulú* celebran con carcajadas esta broma macabra; los pueblos vientos horroizados en sus plazas, donde antes se celebraban alegres fiestas, los fusilamientos de hombres a los que se arranca de los brazos de su esposa y de los pequeños que se agarran a sus piernas; viejos sacerdotes, odiados por ser liberales, con una cuerda al cuello, de la que tiran los chicos de la partida, paseados como perros rabiosos por montes y barrancos hasta que caen al fin acorralados a tiros y bayonetados; las vías férreas cortadas; las estaciones derrumbadas entre llamas; los trenes rotos y desvalijados mientras los viajeros se alajan, a pie, formando un rosario de prisioneros, entre culastros y palos, como una caravana sorprendida por los beduinos; Cuenca coronada de chispas y nubes de denso humo, con las calles empedradas de cadáveres y muebles descarrados; y las casas desplomándose para ocultar entre sus escombros los horrores del robo y la violencia; y todo este cúmulo de crímenes... fueron por este hombre que pasea tranquilo, satisfecho de lo que él llama sus derechos, convencido de que mientras cuente con el apoyo de unos cuantos miles de imbéciles ó de desalmados, su única obligación en la tierra es de sangrar y deshonrar a un pueblo infeliz.

Nunca como al ver de cerca a ese hombre que tan tristes recuerdos evoca, al rozarme con él en medio del gentío, he comprendido la sublimidad de esos medios violentos del regicidio que, vistos en la historia a través del tiempo y lejos de las circunstancias, resultan muy fáciles de olvidar. Entonces comprendí que hay tipos ó puñaladas que pueden resultar santos si libran a toda una nación de la guerra civil y evitan que el comerciante se arruine, el agricultor perezca de hambre y centenares de miles de madres se vistan de luto, todo por culpa de un solo hombre.

Por desgracia en el mundo el mal refloja siempre. Entre gentes que aspiran a un trono, suprimir al padre es hacerle un favor al hijo, que desea la desaparición de aquél para ver satisadas sus ambiciones; y el peligro no está en el Pretendiente, sino en la barbarie nacional, en el fanatismo de esa gran masa ignorante que cree como artículo de fe lo que dice el cura guerrillero, se entusiasma con la leyenda sangrienta de Cabrera, semejante a la de Atila, y sueña en resucitar lo más desbournoso y muerto de las tradiciones.

Cuando se trata de un régimen político basado únicamente en la bondad de las ideas, es inútil hablar de

las personalidades que lo representan; pero el carlismo es un partido puramente personal; lucha por encumbrar a un individuo, al que cree despojado; y yo, mirando a D. Carlos, me preguntaba: ¿Qué hay de extraordinario en este hombre, en este veterano de Afrodita, que guarda en su médula enferma y su espalda encorvada el recuerdo de vergonzosas campañas? Le siguen ciegamente miles de españoles como representante de la tradición nacional, a pesar de haberse educado en todas partes menos en España, y de que todo su españolismo consiste en enseñar el castellano a los que, a pesar de hablarlo tan mal como ella.

Nada hay en D. Carlos que revele al hombre intelectual. Tiene buena presencia; es brutalmente gnapote como un antiguo granadero; su gallardía es la de un elemental poderoso que no pierde golpe. Su rostro moreno y barbudo tiene el perfil arrogante del pueblo donde nació y a cuya raza tal vez pertenece. Trae a la memoria esos húngaros bizarros que acampan a las puertas de nuestras ciudades en busca de calderos que recordar; pero cuando se quita el sombrero, la frente estrecha y deprimida y la cabeza exageradamente pequeña, revelan al hombre de materiales apetitos, en el cual el irresistible impulso hacia el placer no ha dejado lugar a otras aspiraciones.

El hecho de haber nacido nieto del titulado Carlos V, le ha proporcionado el cómodo oficio de Pretendiente; pero la naturaleza le creó gnapote, voraz y sin seso, para ser *croupier* en Monte Carlo ó *moussier* *Alphonse* de los que viven mantenidos por cualquier *cocotte* parisiense.

En Italia la indiferencia ó el desprecio le rodean. Se fué de Milán porque los periódicos de esta ciudad, que están a la altura de los primeros del mundo, le dijeron tremendas verdades cuando el ruidoso pleito del Toisón de Oro y a raíz de la muerte de doña Margarita a la que hicieron justicia como resignada víctima de la infidelidad conyugal. En Roma le es imposible vivir, porque el Papa no lo quiere cerca, temeroso de que supongan le apoya el Vaticano; y por esto tiene que aburrirse en Venecia, la ciudad de tradiciones republicanas, que rinde fervoroso culto al revolucionario Mazzini, y cansada de burlarse de D. Carlos, al que llama *re di mazzardo di carte*, ó sea rey de baraja, ha acabado por de mazzardo de él.

El más absoluto vacío reina en torno de su persona. Yo le he visto pasar toda una tarde por la Riva de los Esclavos, donde estaba lo mejorcito de Venecia, y sólo le saludaban los gondoleros, los mismos que por media lira de propina se quitan el sombrero media docena de veces y llaman a cualquier *eccellenza* ó *egregio padrone* tanto tontos.

Los gondoleros! Estos son los únicos admiradores y partidarios de D. Carlos tiene en Venecia. Recuerdo lo que uno de ellos me decía una noche de luna, encorbado sobre el largo remo con que iba batiendo las sombrías aguas que corren bajo el puente de la Paja, al internarnos en las tortuosas callejuelas:

—¡Conque el señor es español! Yo conozco mucho al rey del señor.

Y a esta introducción siguió un largo silencio, hasta que, animado por repentina confianza, «ya que el señor era español», consideró oportuno hacer el elogio de mi rey.

«Un completo caballero. Es sabio vivir. Y como decirse... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a mi rey. Mas de una noche le había llevado en su barca a la casa de doña Berta, ya algo alta, y él me podía enseñar... *Madonnal!* ¡qué pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de ruñanes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen gusto tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba,

en el deber de tomar la iniciativa, he decidido renunciar a favor del Tesoro público las 30.000 pesetas anuales que como ministro de la Corona tengo derecho a percibir. (Grandes aplausos. Algunos diputados gritan: ¡Viva España! ¡Viva Sagasta!)

«No, no me aplaudís sin concluir de oírme—sigue diciendo el Sr. Sagasta.—He prometido ser sincero y voy a serlo. No merece aplausos mi decisión. Mis rentas, sin ser grandes ni mucho menos, como toda España sabe, son suficientes para cubrir las atenciones que mi posición me impone. Además, todos sabéis que una compañía de ferrocarriles me paga 30.000 pesetas anuales por ser presidente de su Consejo de administración. Pero si no quiero aplausos para mí, los exijo de vosotros para los nobles rasgos de desprendimiento de que voy a daros cuenta. Todos los ministros, que cuando no lo son viven lo mismo que cuando concurren a los Conserjos de la Corona, han hecho renuncia de sus sueldos en favor del Tesoro. El gobierno, por lo tanto, contribuye con 270.000 pesetas a aliviar las cargas extraordinarias que sobre el Tesoro español pesan por causa de la guerra que no hemos sabido evitar. (Grandes aplausos y vivas entusiastas.)

«Los hombres de mi partido—continúa diciendo el Sr. Sagasta.—han secundado este movimiento generoso. Ahí los tenéis: el noble marqués de la Vega de Armijo, que os preside, dueño de grandes posesiones en sus distritos de Córdoba y señor del castillo de Mos; el señor Montero Ríos, propietario del Lourizan, que ha hecho grandes caudales en su bufete; los señores Gamazo, Maura y Canalejas que tienen fama de ricos, viven en espléndidas fincas de su propiedad, tienen negocios diversos y ganan en el ejercicio de su profesión más que un ministro de la Corona; el Sr. Eguillor, conocido capitalista; todos los exministros liberales, en una palabra, renuncian en favor del Tesoro las 7.500 pesetas que anualmente cobran en concepto de derechos pasivos. (Grandes aplausos.)

«Y qué diré de los conservadores? Ahí tenéis al noble y venerable marqués del Pazo de la Merced. Verdaderamente es una de las más grandes de España, que tiene a centenares las acciones del Banco, de la Tabacalera, de ferrocarriles, de la Deuda pública; pero el marqués del Pazo de la Merced conoce los deberes que el patriotismo impone, y desde hoy renuncia las 7.500 pesetas de su cesantía. Y ahí tenéis al señor Castellano, dueño de campos y montes y casas en todo Aragón, de fábricas de harina y de papel, y de un establecimiento bancario que tiene acaparados en Zaragoza todos los monopolios y todas las comisiones. También cede sus 30.000 reales. Y como él todos los demás exministros, Silveira, Villaverde, Pidal, el duque de Tetuán, Linares Rivas, Bosch, Romero Robledo, Trujada Valdesoro, Irujo, Concha Castañeda, todos en fin, todos ricos, que no han necesitado ser ministros para tener coche y numerosos criados y vivir bien, todos renuncian su cesantía. Y sólo por esto, el presupuesto actual recibe un beneficio de 450.000 pesetas. (Aplausos.)

«Los príncipes de nuestra milicia—sigue diciendo el Sr. Sagasta—que son más de los que debían y que todos ellos cobran cruces pensionadas y tienen presencias de academias o compañías industriales, renuncian sus sueldos en favor de este presupuesto, cuyos ingresos van a dar al contribuyente con las últimas gotas de su sangre. Los capitanes generales conde de Cheste, Martínez Campos, López Domínguez y Primo de Rivera hacen el sacrificio de no cobrar la 120.000 pesetas con que la nación les paga desde hace muchos años los entorchados que llevan en sus gloriosas bocamangas. (Grandes aplausos.—Varias voces: ¡Vivan los capitanes generales!—Una voz en la tribuna pública: ¡No! ¡Viva el Ejército!—El presidente agita la campanilla, imponiendo orden.)

«Ah, señores diputados!—exclama Sagasta en el paroxismo del entusiasmo.—¿y qué os diré del sacrificio que la Iglesia hace en aras de la patria? Yo me asombro y exultación de ayer, siento revivir en mi corazón la fe de mis mayores. ¿Acaso no es el sacrificio de la

duce una economía de 2.700 millones de pesetas. (Grandes aplausos.)

El Sr. Sagasta: ¡Callad, callad! ¡Si esto no es nada todavía! (Entusiasmo delirante. Los ministros carlistas y republicanos se retiran avergonzados del salón.) Aquí ha traído el ministro de Hacienda dos presupuestos, uno el de la paz, el ordinario, del que todos comemos y gozamos; otro, el extraordinario, el de la guerra, presupuesto incierto, enorme, que no sabemos donde acabará. Pero se me ha hecho notar que esto es una farsa, porque no puede haber dos presupuestos donde hay un solo contribuyente, a menos que, siguiendo la opinión de algunos tratadistas, le consideremos partido por la mitad. Por eso, sin esta obra de justicia que he emprendido esta tarde, corramos el peligro de que el contribuyente se nos quedara entre las manos.

«Pues qué, es posible que por la sencilla razón de que hay guerra, pidamos más sacrificios a aquel que los viene haciendo todos hace muchos años, y nada a quien en ese tiempo mismo no ha hecho otra cosa que cobrar? Tal es la situación de los tenedores de la Deuda pública. En los últimos 25 años ha habido muchos de sequía en que la resquebrajada tierra se ha negado a producir; regiones enteras fueron más de una vez asoladas por la florera o la inundación, y el pobre labrador pagaba o entregaba su misera heredad a las garras del fisco. Entretanto, lloviera mucho o nada, temblaran los montes y los llanos o se estuvieran quietos y reposados, enviase Dios el oídium, o el mildew o la glosopeda, el acreedor del Estado cobraba su cupón, no sólo sin regateos, sino con la enorme prima de los cambios.

Por eso hay dos presupuestos; porque en uno hay que garantizar al que prestó al Estado, que seguirá chupando la ubérrima uña que ha mamado tantos años, sin ver que está la vaca extenuada y agónica, que cobrará su cupón y se le mantendrá el precio de su papel, aunque en el otro presupuesto haya que poner como remate cualquiera de las desacreditadas frases: *Consumatum est, ó Finis Hispanie, ó Dios sobre todo, ó ¡Sálvese el que pueda!*

Pero no, señores diputados; el patriotismo de los españoles no es de oropel, y después del día de hoy nadie podrá decir, refiriéndose a los discursos patrióticos que aquí han resonado, que son estas las Cortes de Tarascón. Los tenedores de papel se han acercado a decirme: «Si, queremos que el papel se nos pague, que el papel español no se desprecie; pero comprendemos a la vez que es justo que, como el agricultor, y el industrial, y el tendero, y el médico, y el abogado, contribuyamos a las cargas de la nación... Queremos pagar, señor Sagasta, me han dicho. Y como me viesen un punto perplejo, agregaron: «Si, queremos pagar, pero lo menos, tanto como la agricultura.»

(Entusiasmo, delirante aplausos. Se oyen voces, ya romanas: ¡Vivan los acreedores! ¡Vivan los ingleses!)

El Sr. Sagasta, trémulo, emocionadísimo, pide al presidente le conceda diez minutos de descanso. Los diputados, casi todos llorando de emoción, rodean el banco azul. Es imposible describir el espectáculo. Al fin se restablece la calma.

El señor presidente: Señores diputados: un secretario va a leer detalladamente las economías e impuestos voluntarios que se hacen en los presupuestos de 1898 99.

Sube un secretario a la tribuna y lee el siguiente estado:

	Pesetas.
Ceden los ministros.....	270.000
Id. exministros.....	450.000
Id. capitanes generales.....	120.000
Id. consejeros y académicos.....	500.000
Id. subsecretarios.....	75.000
Id. directores generales.....	162.000
Id. gobernadores civiles.....	480.000
Id. cardenales, obispos, etc.....	42.076.217,56
Id. tenedores de la Deuda.....	125.000.000
Supresión de comisiones, etc.....	2.700.000

(Al conocer la suma total un inmenso clamoreo estalla en el Congreso. Por todas partes se oyen los mismos gritos: ¡Cien setenta y dos millones! ¡Hemos podido comprar todos los años once ó doce grandes acorazados!)

El Sr. Sagasta, con voz apagada por la emoción, se levanta de nuevo y exclama:

«Señores diputados: Ahora podéis votar toda clase de impuesto y tributos, sin temor a que la conciencia os acuse. Ahora el pueblo pagará cuanto le pidamos y se compenetrará con nosotros en la defensa de la honra nacional en peligro, no por sobre de pecados ni falta de oraciones, sino porque no hemos comprado a tiempo muchos buques de guerra y muchos cañones. He dicho.

El entusiasmo raya en el delirio. El vocerío ensordece el espacio. Los vivas se multiplican. ¡Viva España, viva el clero, vivan los ministros y los exministros, viva Sagasta, viva la Deuda pública y vivan los privados! A Sagasta le cogen cuatro diputados caneros y le sacan en andas del salón de sesiones. Vaya Armijo se demagoga, los ujieres corren, el Mayor da voces, suenan los timbres, nadie se entiende y todos están locos de contento.

Entonces desperté. Me había quedado dormido en mi asiento de la tribuna de la prensa y soñé todo eso que queda relatado.

¡Qué hermoso sueño y qué triste realidad! ¡Oh, la patria!

CORREO DE ORIENTE

Carta que escribe a Victoria, Juan Soldado. Está fechada en «Camino de la Gloria», y escrita en hoja arrancada de una viejísima Historia.

Dice así este documento: «A ti, Victoria, que fuiste mi ilusión y mi contento, hoy te escribo en la hora triste del pesar y el desaliento.

Vine aquí para luchar; la ley me obligó a dejar lo que al mundo me ligaba mientras, con oro, compraba el rico su bienestar.

Permanecí un año entero por la patria peleando, y desde humilde pechero, he ascendido a Caballero de la cruz de San Fernando.

He oído hablar de doblones, de pactos y de traiciones que mezlcan héroe y canalla... Yo busqué mis emociones en el campo de batalla.

Y embriagado, delirante, creí estrecharte, Victoria, sobre el seno palpitante y tu nombre, ni un instante, se apartó de mi memoria.

Después vino el cataclismo, la abrumadora avalancha que, arrollando al heroísmo, viene a hacer del pesimismo, dique para la revancha.

Y ahora, en el cerco mortal que un enemigo implacable pade al honor nacional, lo que se hace insostenible es la muerte con dogal.

Si Patria y Deber a coro, me exigen que luche y muera por sostener el decoro de ese grón grana y oro que se llama la Bandera.

Si de rodillas juré un pacto en solemnidad, lo cumplí por mí fe... En este instante, ¿por qué? lo rompe la patria mía?

Voy a morir y a matar; pues sólo quiero pensar que, vertiendo sangre a escote, ¡el que mata, es sacerdote; donde se muere, es altar!

Guarda de la hispana historia este trozo dedicado y único, donde a la gloria, no van juntos, la Victoria y el heroico

JUAN SOLDADO.

Por la copia,

MISTERIOSA.

The voice of young Spain

Lo dejamos en inglés, no para mayor claridad, como decía D. Hermógenes, sino en obsequio de aquellos de nuestros lectores jóvenes que se dedican a la versión inglesa y quieren, al ejercitarse un poco en ella, saber cómo resena ya y se aprecia por esos mundos la voz y el programa de Vida Nueva.

He aquí el telegrama que en su edición parisiense publicaba The New-York Herald del día 15 del actual:

«MADRID, Tuesday.—That three of the papers here, the Pais and Nacional, both Jingo, and the Vida Nueva, in its first number, take as a text and the feature of the day the question of peace, is significant as showing that public sentiment is being rapidly moulded to accept the inevitable.

The Pais is a rabid Republican paper which has been all along violently Jingo. The Vida Nueva is a new paper, born upon the present condition of affairs. Its programme is to renovate Spain. It is the voice of young Spain. At the end of an impassioned patriotic article it says: «Peace is what our country needs to-day. All men of character and strength should support it, thus putting an end to the terrible, suffering of this unfortunate country.»

¿Qué tono se darían traduciendo ese bonito reclamo yanqui algunos de nuestros más furibundos periódicos jingos?

Nosotros, hermanando a nuestro modo el patriotismo con la modestia (dicho sea sin alabarnos) renunciábamos a tal versión, para que no se diga por ahí que nos damos lustre con bombos de tal procedencia.

El «Maguinó» Paterno

(MÚSICA FILIPINA)

Ahora que, merced a su intervención en el tristemente famoso pacto de Biac-na-bató ha alcanzado Paterno la notoriedad soñada y apetecida por él en todos los actos de su vida pública, no estará fuera de lugar el recuerdo de algunos detalles relacionados con su paso por Madrid, hace catorce ó dieciséis años.

Si es esto que quiere decir que la notoriedad haya sido el único móvil generoso de su conducta: no entorpecer el patriotismo mediador del hombre bueno de Aguinaldo, para el percibo del corroteje ó comisión que buenamente le correspondiera en el negocio.

Prueba de su desinteresada mediación son las cartas leídas últimamente en el Congreso.

El Excelentísimo Señor Don Pedro Alejandro Paterno, como figura en los documentos recientemente publicados, alcanza a los cándidos tagalos con la Excelencia de la Gran cruz que le otorgara alguno de nuestros gobernantes no menos cándido y no menos tagalo, no sabemos por qué mérito; antes había intentado Paterno (Pedro, Alejandro, Agustín, Molo, etc., é Ignacio), alucinar a la sociedad madrileña y al «público en general» con el pomposo título de *maguinó*, príncipe entre los tagalos, que estampó en sus tarjetas.

Con este título congregó Paterno en su morada, primero en la calle del Saúco, después en la del Barquillo, lo más selecto de la prensa, la política, la aristocracia y las letras, en la época de referencia.

Sirvióle de incentivo para hacer desfilar por sus salones tan escogida sociedad, un cargamento de chucherías, primores y curiosidades tagalas que en uno de sus viajes se trajo el *maguinó*, y con los que formó un raro museo que era la admiración real ó fingida de los visitantes.

Re decir, que el bueno del filipino conquistó su público por los mismos procedimientos que usaron Colón y otros descubridores: con baratijas.

Antes de apelar al recurso del *bazar*, se presentó a nosotros el *maguinó* Paterno como poeta y literato publicando un tomo de poesías cortas y becerrianas, pero sin Boquer, con el odorífero título de *Sampaguitas*; una novela insulsa de costumbres (malas costumbres), filipinas, *Ninay*; y la *Historia de la antigua civilización tagala*, en la que al decir de los eruditos en esta clase de trabajos, era escaso y poco lucido lo aportado por el filipino a otros trabajos de igual índole.

Y no se le dejara de jalarle la prensa: Paterno la sabía mover perfectamente, y a su táctica especial para que se veía por hombres políticos de todos los partidos, debe Luna Novicio, su grande amigo y paisano, el premio de honor concedido al *Sporium*, prescindiendo de su mérito artístico, si le tiene.

Gutiérrez Abascal, Miguel Moya y Rodríguez Correa, eran, entre otros, asiduos concurrentes a los *Catapusan* de Paterno; que así llamaba el *maguinó* a sus reuniones; y así daba cuenta de ellas, por seguirle la corriente, *El Liberal*, ora en serio, ora tomándole al filipino el enmarañado pelo.

Los éxitos que alcanzó Paterno en Madrid con sus *catapusan* y exhibición de *chimes* tagalos, fueron mayores que los obtenidos por sus trabajos literarios.

Las *Sampaguitas*, con un prólogo de Balaciart, sólo sirvieron para que Jackson Veyán se enterara de la existencia de la típica flor, y nos hablara de ella en su zarzuela *Un punto filipino*.

De la novela *Ninay* y de la *Historia de la civilización tagala*, aun quedarán muchos ejemplares en los sótanos de Fé.

Esta *Historia* se encaminaba a demostrar que

Hable el país

La mitad de este número lo ha escrito el público. Los redactores del periódico hemos reunido nuestros trabajos ó los hemos reservado para otro número por dar cabida a lo que piensan y sienten nuestros lectores.

Tenemos además en cartera trabajos muy notables de personas hasta hoy desconocidas, que nosotros daremos a conocer; que piensan como nosotros y nos han remitido artículos y estudios llenos de nobles propósitos, de ideas humanitarias, de planes de reformas, y exentos de personalidades, de todo lo que se resume en estas dos palabras: Vida Nueva.

Consulta pública

Sr. Director de la Nueva Vida:

Muy señor mío y de mi mayor consideración: He leído el periódico semanal de usted la Vida Nueva; pues eso mismo he dicho yo hace dos años que estoy cantando todos los días, que si no vienen a sustituir los industriales y comerciantes, para diputados, senadores y Gobierno a los obispos, arzobispos, duques, marqueses, condes y barones, no habrá economías verdaderas, y no habiendo éstas, es imposible el progreso sin los tratados baratos con las naciones extranjeras. Si los industriales y comerciantes de todas las provincias se entendieran para realizarlos; lo que está dicho, no tendrían que estar todos los días diciendo, mal por los Gobiernos en tantísimo años; no, los tres partidos industriales y comerciantes, no quieren política, quieren economías y progreso, y esto mismo me ha inspirado el Padre Eterno Dios al pedirle con todo fervor el camino verdadero que tiene para remediar tantos males en tantos años; así es que todos los periodistas de bien criterio, una vez que está descubierto el remedio para progresar, no tienen ustedes que lamentar más en donde están ó quines son los hombres verdaderos para gobernar; no, los periodistas ya saben ahora a qué atenerse para publicar y animar a todos los industriales y particulares para las elecciones, que sería un triunfo seguro.

El periódico que ha mandado usted al Sr. D. Manuel Azpíri, estoy yo en su casa, pero el diputado provincial se llama D. José María Azpíri, hermano de D. Manuel. En Madrid debía constituirse una Junta de industriales y comerciantes para que se entendieran con todos los de las provincias cuando llega a establecer, y como usted es el primero que publicaría la noticia nueva en caso de parecerle que está bien, le deseo que nos mande gratis uno para D. Manuel y el otro para su hermano D. José María; así es, que mostraremos a todos los que quieren leer el periódico la Nueva Vida y se lo agradeceré el favor.

Vivan los industriales y comerciantes. Soy afectísimo seguro servidor, casa de D. Manuel Azpíri, *Enseño Siam*.—Eibar, Junio de 1898.

LUIGI.

A LOS OBREROS y a los hombres de buena voluntad

En Vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-

los, y el único medio de progreso es la aplicación de las ciencias naturales a la agricultura, a la industria y al comercio; no hay más remedio, ó se sigue ese camino, ó hay que resignarse a ser nación muerta.

Vida Nueva propone crear un cuerpo de enseñanza gratis para los obreros y sus hijos, en que puedan aprender las ventajas que tienen para su salud y prosperidad, ciertas nociones de fisiología e higiene, y darles a conocer la influencia que tienen los padres en el producto de la concepción; las mismas nociones aplicadas desde el niño recién nacido, hasta la vejez; fomentar el gusto por la vida del campo, señalar los peligros que tiene el alcohol, no sólo en el individuo, sino en los hijos, que los degenera, haciendo un idiota, un epiléptico ó un criminal; en una palabra, todo lo que se refiera al mejoramiento del individuo y de la raza.

Otra de las condiciones que necesita el obrero para mejorar, es la disminución de las horas de trabajo.

Al mismo tiempo que se les enseñe a ser hombres sanos y robustos, hay que enseñarles las ciencias naturales aplicadas a la agricultura y a la industria, pues otra de las cosas que se imponen en este país, es la creación de colonias agrícolas verdaderas como tales colonias. La preparación tendrá que comprender tres ó cuatro cursos por lo menos, en que gradualmente se iniciará al discípulo sin recargarlo, como sucede en el bachillerato oficial que reducen las ciencias naturales a un solo curso, lo cual es el colmo de la insensatez. Con una instrucción de esta índole, a los centros agrícolas y talleres, se le podrían recomendar jóvenes aptos a trabajar, y con una instrucción apropiada mejor que la de los actuales bachilleres en ciencias y artes. Otra ventaja inmensa sería disminuir los aspirantes a plazas del Estado, y desarrollar la iniciativa individual.

Para hacer esta institución libre, es por lo que se dirige Vida Nueva a los hombres de iniciativa y de buena voluntad. Las personas que se adhieran al proyecto, pueden hacerlo saber en la redacción de este periódico.

Los obreros y sus hijos que quieran matricularse gratis, pueden también hacerlo en la misma redacción.

Una vez conocidas las personas que se adhieran a nuestro proyecto y los matriculados, se fijarán los cursos, y se darán más pormenores.

ELLEIDE.

¡2.000 cuartos!

Según datos que nos comunica persona digna de veracidad, en el término de dos meses se han desahogado en Madrid próximamente unos ¡2.000! cuartos, cuyo alquiler ascendía a más de 3.000 pesetas.

A este paso la vida es un soplo.

Ya no van quedando en España ricos ni semiricos. Pronto la única riqueza nacional será el sol.

Bernéjazo platero de las cumbres

A cuya luz se expulga la canalla.

¡Y si estuviera en manos del Gobierno empeñar la luz y robarnos el clima, há tiempo que no gozarían los españoles ni del sol, ni de la luz, ni del clima!

La vida de una nación, como la de un hombre, debía ser una continua preparación a su muerte, un ejercicio para llegar al mundo un pueblo puro, pacífico y cristiano, lavado de la mancha original de salvajismo, que en la concepción militar subsiste.

Al prepararnos a morir, quiera Dios que curemos de la locura a que nos han traído los libros de caballería de nuestra historia, a pensar en alguno de cuyos pasos acordamos acogernos como á ordinario remedio en nuestras desdichas colectivas.

El bueno del cura, ayudado por el barbero, tomó la providencia de escudriñar los libros de Don Quijote, quitándose los todos, quemarle los más, y tapiar la estancia de ellos. ¡Ojalá en España se pudiese olvidar la historia nacional! ¡Ojalá se sacara conciencia de la casi inexplorada mina del espíritu del hidalgo pueblo, que ara sus tierras en resignado silencio é ignora felizmente lo que sucedió en Otmaba, en Lepanto ó en Pavía! ¡Continuar la historia de España!... Lo que hay que hacer es acabar con ella, para empezar la del pueblo español. Porque España, este fantasma histórico simbolizado en una tela de colores, esta visión, de origen sobre todo libresco, que se ciernen sobre nosotros sofocándonos y oprimiéndonos, nos esclaviza. ¡Terrible esclavitud la de los pueblos guiados por su mezquina imagen en la historia, superficie y nada más de la vida!

Un pensador español de extraordinaria originalidad, Angel Ganivet, pide en su hermoso *Idearium* que después de los períodos hispano-romano, hispano-árabe é hispano-colonial, tengamos un período español puro, «en el cual nuestro espíritu, constituido ya, diere sus frutos en su propio territorio», pide la acción ideal que «alcanza sólo su apogeo cuando se abandona la acción exterior y se concentra dentro del territorio toda la vitalidad nacional». Hay en esto gran fondo de verdad.

Hay que olvidar la vida de aventuras, aquel ir á imponer á los demás lo que creíamos les convenía y aquel buscar fuera un engañoso imperio. Hay que meditar, sobre todo, en lo profundamente anti-cristiano del ideal caballeresco. Si la tarea de la nación, producción esencialmente burguesa, ha sido asegurar la desigualdad con la guerra, la misión de un pueblo es realizar en sí mismo, *ad intra*, la justicia, y cristianizarse. Un pueblo de verdad cristiano conquistaría por el amor al mundo. Sin salir de su aldea, con su olla de algo más vaca que carnero, su salpicón las más noches, sus duelos y quebrantos los sábados, ¡sus lentejas los viernes y su algún palomino de añadidura los domingos, puede el hidalgo Alonso el Bueno realizar la justicia callada, sin ruido de armas y sin buscar sitio en la condenada historia ni cuidarse de andar en romances y coplas. Preocuparse de sobrevivir en la historia estorba al subsistir en la eternidad; es sacrificar el hombre al hombre, el pueblo á la nación; es una de las más tristes supersticiones que nos ha legado el paganismo, que por boca de Homero dijo que los dioses traman y cumplen la destrucción de los hombres para que tengan argumento de canto las futuras generaciones. «Dejad que los muertos entierren á sus muertos» digamos con Cristo, considerando á la historia un cementerio, un osario de sucesos muertos, cuya alma eterna llevamos los vivos. Sólo rompiendo y abaudando el capullo puede el pobre gusano exteriorizarse y volar sobre las flores y el sol.

«Viviendo en gas armada», agripen á los pueblos. No por encima sino por debajo de ellas; no en alianzas guerreras internacionales ni en pactos diplomáticos, sino en el doloroso abrazo de los que trabajan y sufren, cuya la hermandad en que pueda fructificar el evangelio eterno. Día vendrá en que las hoy más celebradas glorias de las naciones serán objeto de piadosa execración por parte de los pueblos. Día vendrá, debemos esperar, en que descubierta á la conciencia cristiana la infame blasfemia que se cula en el bárbaro principio romano de *si vis pacem, para bellum*, reine el evangelio «no resistáis al mal»; día vendrá en que se sienta que sin paz no hay honra verdadera, honra cristiana y no pagano pundonor caballeresco, día en que los utopistas de hoy aparezcan proleas y nuestras grandezas históricas vanidad de vanidades y pura vanidad. Y si este día por su misma sublimidad no ha de venir nunca, si es un ideal inasequible ¡no importa! é él debemos tender. Lo inasequible se nos puso como fin al decirnos que fuésemos perfectos como es perfecto nuestro Padre.

¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡Muera Don Quijote!
Vuelto á su cueva Segismundo medite en el sueño de la vida y repita que quiere obrar bien, «pues no se pierde el hacer bien aun en sueños». Dejando á Don Quijote acuda Sancho á Alonso el Bueno, el eterno.

Acendamos á lo eterno
Que es la fama vividora
Donde ni duermen las dichas
Ni las grandezas reposan.

¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡Muera Don Quijote!
¡Muera Don Quijote!

MIGUEL DE UNAMUNO.

1897

Estadística oficial de Aduanas

Exportación internacional de productos españoles. 924.936.000
Importación de productos extranjeros. 793.341.000
Saldo á favor de España. . . 131.595.000

Un pueblo que anualmente paga el total de sus importaciones con productos de su comercio internacional, y le queda un remanente tan importante como el de 131 millones de pesetas, no es pobre ni carece de recursos positivos como se propala por los agoreros y gentes que no saben lo que se dicen ó tenían empeño en desacreditar á esta nación hidalgo y caballerosa.

Si por desgracia España, y á pesar de su gloriosa historia, se viera en la necesidad de abandonar el resto de las conquistas que en pro de la humanidad hizo en los siglos xv y xvi no para explotar, sino evangelizar y civilizar millones de seres que se hallaban en la oscuridad y completo desconocimiento de la verdad, aún le quedarán á España 500.000 kilómetros cuadrados, de feraz suelo,

alumbrado por un sol vivificador, pudiendo aumentar, en pocos años (en un cuarto de siglo) su población para contar mas de veinte millones de habitantes y conseguido esto, que es la base de todas las riquezas, aparecer un pueblo importante en el concurso europeo.

BONIFACIO RUIZ DE VELASCO.

Junio 19 de 1898.

¿Qué se prepara?

Va el general Weyler á Santander y allí le hacen una ovación, fiestas, sorenatas, manifestaciones populares.

Va el general Polavieja á Zaragoza, y los aragoneses, tan independientes, se prosternan ante el general, le aplauden y aclaman, le cantan coplas ensalzándole como á salvador del mundo.

Va el general Martínez Campos á palacio, y al día siguiente dicen los periódicos que pide ocho regimientos para la guarnición de Madrid.

Vuelve el general Primo de Rivera de Filipinas y se impone en el Senado, y le *defende el Gobierno*, y no parece sino que después de lo pasado sea el héroe del día...

¿Qué es esto?
¿Qué es lo que se prepara y se ensaya?
¿Y dónde está el pueblo? ¿Es que ya no hay pueblo? ¿Pasaremos de los yankees á los dictadores? ¿ES ESO?

A vuela-pluma

El jueves pasado fué día de confirmaciones. En Palacio, la de Alfonso XIII.
En el Parlamento, la de las pésimas noticias de Santiago de Cuba.

Por cierto que *La Correspondencia de España*, al hacer la brillante y pomposa reseña de las ceremonias palaciegas, palatinas ó palacianas—¡á elegir!—que se celebraron el jueves, echa un jarro de agua sobre el entusiasmo del lector, terminando la descripción con estas líneas:

«Las noticias desagradables de Cuba han causado mucho efecto en la corte, impresionando principalmente á S. M. la reina.»

A estos finalitos en punta se les llamaba antes *le mot de la fin*.

El nombre ha pasado de moda; pero lo que es la cosa, convengamos en que todavía conserva una cierta y vaga actualidad...

La actualidad digo. ¿Eh?
Fíjese el lector crítico en que no he dicho «la oportunidad», y á fe que siento en el alma no poder reconocérsela á *La Correspondencia* en esta ocasión, como tampoco se la reconocería á un director de orquesta que al final de un baile pusiera en vez del galop el gori-gori, á pesar de aquello del *extrema gaudii luctus occupat*, sobre cuyo cánamazo tales y tan maravillosas flores de retórica bordaría el P. Cardona... si pudiese su alto cargo palaciano, palatino ó palatibero.

«Viviendo en gas armada», agripen á los pueblos. No por encima sino por debajo de ellas; no en alianzas guerreras internacionales ni en pactos diplomáticos, sino en el doloroso abrazo de los que trabajan y sufren, cuya la hermandad en que pueda fructificar el evangelio eterno. Día vendrá en que las hoy más celebradas glorias de las naciones serán objeto de piadosa execración por parte de los pueblos. Día vendrá, debemos esperar,

en que descubierta á la conciencia cristiana la infame blasfemia que se cula en el bárbaro principio romano de *si vis pacem, para bellum*, reine el evangelio «no resistáis al mal»; día vendrá en que se sienta que sin paz no hay honra verdadera, honra cristiana y no pagano pundonor caballeresco, día en que los utopistas de hoy aparezcan proleas y nuestras grandezas históricas vanidad de vanidades y pura vanidad. Y si este día por su misma sublimidad no ha de venir nunca, si es un ideal inasequible ¡no importa! é él debemos tender. Lo inasequible se nos puso como fin al decirnos que fuésemos perfectos como es perfecto nuestro Padre.

¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡Muera Don Quijote!
Vuelto á su cueva Segismundo medite en el sueño de la vida y repita que quiere obrar bien, «pues no se pierde el hacer bien aun en sueños». Dejando á Don Quijote acuda Sancho á Alonso el Bueno, el eterno.

Acendamos á lo eterno
Que es la fama vividora
Donde ni duermen las dichas
Ni las grandezas reposan.

¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡Muera Don Quijote!
¡Muera Don Quijote!

MIGUEL DE UNAMUNO.

«Viviendo en gas armada», agripen á los pueblos. No por encima sino por debajo de ellas; no en alianzas guerreras internacionales ni en pactos diplomáticos, sino en el doloroso abrazo de los que trabajan y sufren, cuya la hermandad en que pueda fructificar el evangelio eterno. Día vendrá en que las hoy más celebradas glorias de las naciones serán objeto de piadosa execración por parte de los pueblos. Día vendrá, debemos esperar,

en que descubierta á la conciencia cristiana la infame blasfemia que se cula en el bárbaro principio romano de *si vis pacem, para bellum*, reine el evangelio «no resistáis al mal»; día vendrá en que se sienta que sin paz no hay honra verdadera, honra cristiana y no pagano pundonor caballeresco, día en que los utopistas de hoy aparezcan proleas y nuestras grandezas históricas vanidad de vanidades y pura vanidad. Y si este día por su misma sublimidad no ha de venir nunca, si es un ideal inasequible ¡no importa! é él debemos tender. Lo inasequible se nos puso como fin al decirnos que fuésemos perfectos como es perfecto nuestro Padre.

¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡Muera Don Quijote!
¡Muera Don Quijote!

MIGUEL DE UNAMUNO.

«Viviendo en gas armada», agripen á los pueblos. No por encima sino por debajo de ellas; no en alianzas guerreras internacionales ni en pactos diplomáticos, sino en el doloroso abrazo de los que trabajan y sufren, cuya la hermandad en que pueda fructificar el evangelio eterno. Día vendrá en que las hoy más celebradas glorias de las naciones serán objeto de piadosa execración por parte de los pueblos. Día vendrá, debemos esperar,

en que descubierta á la conciencia cristiana la infame blasfemia que se cula en el bárbaro principio romano de *si vis pacem, para bellum*, reine el evangelio «no resistáis al mal»; día vendrá en que se sienta que sin paz no hay honra verdadera, honra cristiana y no pagano pundonor caballeresco, día en que los utopistas de hoy aparezcan proleas y nuestras grandezas históricas vanidad de vanidades y pura vanidad. Y si este día por su misma sublimidad no ha de venir nunca, si es un ideal inasequible ¡no importa! é él debemos tender. Lo inasequible se nos puso como fin al decirnos que fuésemos perfectos como es perfecto nuestro Padre.

¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡Muera Don Quijote!
¡Muera Don Quijote!

Acendamos á lo eterno
Que es la fama vividora
Donde ni duermen las dichas
Ni las grandezas reposan.

Robledo, que pasaba por hallarse harto anticuado, acaba de demostrar que está de lleno en el movimiento moderno y en las vías de renovación.

La claridad, sólo la claridad, con que habló su merced el otro día, se acomoda muy lindamente al programa liso y llano de *VIDA NUEVA*, y eso es lo que me decide á decirle:

—¿Usted gusta?
—Con qué buen aire puso los puntos sobre algunas fe!... No parecía que las tenía, sino que las clavaba.

Y á esto es cabalmente á lo que se tira por acá: á que se alabe nuestro martillo más que nuestra pluma.

Por supuesto, que donde está el marqués de Cabriñana...

Volvamos á él, que el caso lo merece.
No ya con martillo, sino con hierro candente, pone las tildes sobre las eñes mi noble é incorregible amigo.

Las cosas que ha contado y los datos que ha expuesto últimamente en el Congreso, nos pondrían los pelos de punta, si no hubiéramos tenido la precaución de cortarnos el cabello al rape, hartos ya de mesárnoslo en señal de desesperación todas las mañanas, y en señal de *autotomadura* todas las tardes.

—Este, este marqués (medirán) si que sería un gran colaborador para *VIDA NUEVA*...

—Ya lo creo! Pero dado el género que cultiva, habría que empezar por quintuplicar el tamaño del periódico.

Por eso, y aun renunciando á tan grata y honrosa compañía, me permito recomendar á Cabriñana que ocupe sus próximos ocios parlamentarios ou empresa de más magnitud y amplitud, ya que tiene datos para investigar y manejar el «documento humano» con toda la enérgica firmeza de un Emilio Zola y toda la rigida minuciosidad de un Hipólito Taine... Así como éste dotó á sus compatriotas de los famosos *Orígenes de la Francia contemporánea*, por qué hemos de quedarnos sin nuestras correspondientes *Postimerías de la España actual*?

Ya que esto se va, sépase con cuántas llagas y postemas. De fenecer lo existente, fenezca con todos los indiscretos sacramentos de la Santa Madre Historia.

Entre tanto, los sarracenos continúan molliendonos á palos, y la Providencia sigue ateniéndose á la coplilla consabida.

O como mucho antes había dicho Gómez Manrique:

... La de Dios gloriosad
Mano diestra
En las batallas se muestra
Poderosa.
Allí faze secutores
A los únicos crueldes;
Allí faze los ynfeles
Muchas vezes vencedores;
Assi que debe temer
El potente,
Pero más el evanescente
De poder.

Sin embargo, el cielo no nos abandona del todo.

«Viviendo en gas armada», agripen á los pueblos. No por encima sino por debajo de ellas; no en alianzas guerreras internacionales ni en pactos diplomáticos, sino en el doloroso abrazo de los que trabajan y sufren, cuya la hermandad en que pueda fructificar el evangelio eterno. Día vendrá en que las hoy más celebradas glorias de las naciones serán objeto de piadosa execración por parte de los pueblos. Día vendrá, debemos esperar,

en que descubierta á la conciencia cristiana la infame blasfemia que se cula en el bárbaro principio romano de *si vis pacem, para bellum*, reine el evangelio «no resistáis al mal»; día vendrá en que se sienta que sin paz no hay honra verdadera, honra cristiana y no pagano pundonor caballeresco, día en que los utopistas de hoy aparezcan proleas y nuestras grandezas históricas vanidad de vanidades y pura vanidad. Y si este día por su misma sublimidad no ha de venir nunca, si es un ideal inasequible ¡no importa! é él debemos tender. Lo inasequible se nos puso como fin al decirnos que fuésemos perfectos como es perfecto nuestro Padre.

¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡Muera Don Quijote!
¡Muera Don Quijote!

Acendamos á lo eterno
Que es la fama vividora
Donde ni duermen las dichas
Ni las grandezas reposan.

¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡Muera Don Quijote!
¡Muera Don Quijote!

Acendamos á lo eterno
Que es la fama vividora
Donde ni duermen las dichas
Ni las grandezas reposan.

¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡Muera Don Quijote!
¡Muera Don Quijote!

MIGUEL DE UNAMUNO.

«Viviendo en gas armada», agripen á los pueblos. No por encima sino por debajo de ellas; no en alianzas guerreras internacionales ni en pactos diplomáticos, sino en el doloroso abrazo de los que trabajan y sufren, cuya la hermandad en que pueda fructificar el evangelio eterno. Día vendrá en que las hoy más celebradas glorias de las naciones serán objeto de piadosa execración por parte de los pueblos. Día vendrá, debemos esperar,

en que descubierta á la conciencia cristiana la infame blasfemia que se cula en el bárbaro principio romano de *si vis pacem, para bellum*, reine el evangelio «no resistáis al mal»; día vendrá en que se sienta que sin paz no hay honra verdadera, honra cristiana y no pagano pundonor caballeresco, día en que los utopistas de hoy aparezcan proleas y nuestras grandezas históricas vanidad de vanidades y pura vanidad. Y si este día por su misma sublimidad no ha de venir nunca, si es un ideal inasequible ¡no importa! é él debemos tender. Lo inasequible se nos puso como fin al decirnos que fuésemos perfectos como es perfecto nuestro Padre.

¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡Muera Don Quijote!
¡Muera Don Quijote!

Acendamos á lo eterno
Que es la fama vividora
Donde ni duermen las dichas
Ni las grandezas reposan.

¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡Muera Don Quijote!
¡Muera Don Quijote!

Acendamos á lo eterno
Que es la fama vividora
Donde ni duermen las dichas
Ni las grandezas reposan.

¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡Muera Don Quijote!
¡Muera Don Quijote!

Acendamos á lo eterno
Que es la fama vividora
Donde ni duermen las dichas
Ni las grandezas reposan.

¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡Muera Don Quijote!
¡Muera Don Quijote!

propuesto, así tenga que ver tanto con el tema como por los cerros de Ubeda.

Hay quien piensa casarse, y se arrepiente; quien ofrece dinero, y no lo da; quien se compromete á su bienestar, y no lo cumple; más todavía: no se ha dado el caso de que deje de pronunciar un discurso el que lo tiene en cartera.

Esto es forz, horrible para la tranquilidad del resto de los mortales; mas no hay manera de evitarlo. Si no lo suelta en un Congreso, lo larga en una Asamblea; si no en un casino, en un comité; si en el café no, en la calle; de pie ó sentado; de noche ó de día, ¡Y qué resulta de aquí? Que como no siempre las circunstancias ayudan á la intención, á lo mejor se convierte en rechiffa para el autor lo que debió ser gloria, y así hay por esos rincones tantos grandes genios no comprendidos.

Ann cuando á decir verdad, esto importará poco, si esos Mirabegas de invierno no comprometerían á veces con su charla impremeditada las causas mejores y no dieran pretextos á los enemigos para echar sobre un partido faltas cuya responsabilidad corresponde exclusivamente á media docena de ambiciosillos y charlatanes.

JOSÉ NAKENS.

Estadística tributaria

ÁLAVA

Población. 92.915 habitantes.
Kilómetros cuadrados. 3.045
Habitantes por kilómetro. 31

INMUEBLE, CULTIVO Y GANADERÍA (PROVINCIA CONCERTADA)

Impuesto de minas.	6.243,58 pesetas.
Por habitante.	67,20 »
Idem de cédulas.	40.968 »
Por habitante.	0,44 »
Contribuciones directas.	858.165 »
Por habitante.	9,55 »
Timbre del Estado.	230.280 »
Por habitante.	2,48 »
Sellos, correos y telegramos.	127.578 »
Por habitante.	1,37 »
Contribuciones indirectas.	857.030 »
Por habitante.	9,32 »
Renta de tabacos.	6.620.660 »
Por habitante.	7,13 »
Loterías.	357.480 »
Por habitante.	3,85 »
Rentas y ventas (Derechos del Estado).	278.995 »
Por habitante.	3,00 »
Redenciones á metálico.	58.500 »
Por habitante.	0,65 »

EXERCICIOS CERRADOS

Reintegros.	6.766 »
Por habitante.	0,07 »
Rentas públicas en total.	2.613.633 »
Por habitante.	28,13 »

OFICINA QUE SE CANTABA EN LA PRIMERA GUERRA CIVIL.

Loor á los generales
sólo á la victoria nos guían;
sólo en España podrían
tener el nombre de tales.

Ingeniosidades lúgubres.
«La palabra *Adán*—nos dice un fúnebre y cachazudo colaborador—es de triste actualidad. Porque los gobiernos españoles *Se dan á la bebida.*
Se dan á la comida.
Se dan, al diablo.
Se dan á la fuga.
Se dan á la derrota.
Se dan! ¡Se dan!

«Dos ó tres viejos se dedican á decir en los periódicos que no hay juventud en España. Se parecen á esas bestias desconocidas que se pasan horas y horas en el pórtico de la iglesia diciendo:—Señora María, ¡qué tiempos aquellos! ¡El Señor nos valga! Esto está perdido...
No hay juventud, no y no.
Porque la juventud, si bien ahora no está en el Parlamento infestado por antiguos decretos de 30 y de 40 y de 50 y de 60 años.
Ni en los Ministerios mandados por viejos pergamineos.
Ni en las Academias repóradas por obra de pelucones y vejeterios.
Ni en la prensa mandada por espíritus viejos.
Ni en la literatura, gobernada por lo general, por negociantes pusilánimes y momias desenterradas.
No hay no juventud. Porque la verdadera juventud estudia, calla, espera.

Se trata de nombrar general en jefe de España al general *No importa*. El decreto aparecerá de un momento á otro en la *Gaceta*. El general *No importa* irá vestido con uniforme novísimo: irá desnudo.
Su Estado Mayor se compondrá de los generales:
No importa que se juntan las cometas.
No importa que nuestras nebulas se tiban del color rojo de nuestra bandera ó de la palidez blanda del galeno.
No importa que muramos.
No importa que venga el arado.

Ha muerto el ilustre Tamayo.
Suena el nombre de un insigne escritor para lo vacante de Director de la Biblioteca Nacional.
Luchando en la gran batalla por la conquista del puesto:
D. Amos Salvador, autor de un tratado del *Jacno de palato*, director de la Tabacalera; exministro de Hacienda; financiero, miembro de diferentes comisiones de Aranceles, linas, cueros, etc., etc. Y además... presidente del Circulo de Bellas Artes y Académico de la Santa Fecondición.
Varios políticos y publicistas que no saben leer.
Infinitud de señores de comisión.
Multitud de tertulianos del Sr. Sagasta.
Reunidos de progresistas y conservadores que felicitan á D. Praxedeos el día de San Praxedeos.
Varios generales, brigadieres y coronetes.
El Sr. Rula y Lirizado.
Y un tal Menéndez Pelayo.

SAGASTA GEÓGRAFO

—D. Praxedeos—preguntó poco antes del desastre de Cavite al Sr. Sagasta un tertuliano del—¿está fortificada la isla del Corregidor?
—¿Dónde está eso?
—En la entrada de Manila.
—¿Ahí Pues creo que sí. Oiga Pablo... Ese expediente.
—D. Praxedeos, hay defensas en Cavite.
—¿Por dónde crees eso?
—Pues...
—¡Ah! Si, sí... Oye, Cruz (guarda Pablo). Muchísimo cuidado con que no me derroten á Pérez y Gómez en Torrelodones y á Ber-ganzer en Agutireño Coecos... ¿Que no me toquen á los cuernos aunque me toquen á la maraña!

A título de curiosidad reproduzco estas líneas que nos dirige persona digna de crédito. Nadie podrá negar la *paternidad* de ellas tratándose como se trata del príncipe Sr. Paterno.
Muy señor mío. He sabido el nombramiento presunto del Sr. Paterno para *Príncipe de Mipino*. Me apresuro á poner en su conocimiento que el primer capitán del departamento de Hacienda que ha de figurar en el discurso del trono del Sr. Paterno, será éste: El aquiter de mi casa que no pagó.
Varias cuentas de diferentes *Sanpapietas* que quedaron por pagar.
Y varias trusterías más.
Suyo afectuísimo,
I. I. P.

R. S.

Crónicas mundanas.

—«Se anuncia el próximo matrimonio de la bellísima hija de un defraudador del Estado que ha sido ministro tres veces en tres Gobiernos distintos, con el distinguido heredero de un antiguo funcionario encausado por timador hace treinta años, y hoy eminente hombre de Estado y marqués seis veces.»

—«Dentro de un mes se verificará el enlace del marqués viudo de la Bola, con la hija de un ex-ministro de Ruiz Zorrilla, de Castelar, de Cánovas y de Sagasta, que hace poco ha sido agraciado con el título de duque del Puntillo.»

—«El jueves se expondrá al público el magnífico *trousseau* de la popular señorita de Allavoy, que no había podido casarse hasta ahora y cuya dote se evalúa en 12 millones, con el eminente vago D. Ambrosio Colilla, conocido en los cafés de Madrid con el apodo de *El Buscavidas*. Los novios irán á vivir á la magnífica posesión de los padres de la novia en Zamora. Hay ascensor.»

—«Un distinguido novillerq que habla cinco lenguas vivas y toma lecciones de latín por las mañanas, contraerá matrimonio en la semana próxima con la viuda de un general que no se pronunció más que nueve veces y dejó un capital de dos millones y medio en acciones del Banco. Después de la boda habrá baile en el Vivero. Asistirá el cuerpo diplomático.»

—«La anunciada boda de la señorita de la Glicerina con el conocido cuerno D. Blas Cuco, se ha deshecho porque al celebrarse el contrato, el novio observó que en la dote de su bella prometida faltaban 19 pesetas. Se ha acudido á Roma á ver qué procede.»

Vienen luego las comidas, fiestas y bailes.
—«Los martes del conde del Papa (antes Manolo Bocas), senador gaitaico y futuro académico, continúan siendo el *rendez-vous* de las *sommités* del todo Madrid que se respecta. Anoche había que entrar en los salones con calizador, y se estima en 2.000 personas el número de los dichosos que habían conseguido una invitación. Los poetas de la casa dijeron odas, sonetos, baladas, orientales y villancicos. Algunas señoras se pusieron malas. El conde vestía de negro con cabos de oro.»

—«Gran baile el lunes pasado en el hotel de los barones de la Fumarada. Este título portugués, concedido hace poco al ilustre banquero que ha tallado su puerta durante quince años, es objeto de general elogio. La baronesa llevaba vestido *chíné* y los convidados le preguntaron á donde iba. Muchos hombres políticos, de los que le piden dinero para las elecciones. El *clon* de esta source fueron las sevillanas bailadas por la señorita de la casa, jaleada por tres ministros cesantes y un yerno, que había estrenado un terno.»

—«Los salones del Casino Pesimista, en el que se han lustonado todos los partidos políticos de la nación, estaban anoche hechos un ascua de oro. La aristocracia nueva, la alta banca, el clero castrense, las letras, las stlabas, la industria, el comercio, el belericio, la literatura, el hogalatero, el chufiero, el horchatero, el obrero, el facero, todas las clases sociales acudieron allí y bailaron, y cenaron, y se codearon hasta la hora en que salen á trabajar los tontos.»

«En la casa de los señores de la Maza, del Apdo. de la Gócaracha, de las Bócas de la Isla, del Tremedal, de Casa-Mojos y Casa-Peñas.

Marquesas del Aguadocho, Pierasomo, Fusile-ria, Nometotes, Andacouella, Yavamos, Espe-juelos, de la Zarzaparrilla, del Abalorio y de la Trucha.

Condesas del Fuelle, del Hornillo, de Casa-Galera, del Abamco, de Amadeo, de Plonono, de Haili, del Párol, de la Traca y del Hueso Palomo.
Del sexo leo (sin ofender á nadie) recordamos á los marqueses, condes, barones, vizcondes (todos de los de veinte años acá), y señores de Voivengo, de la Evolución, Puerto de Arlaban, Botones, Bombita, Sonbrón, Zurupeti, Viñape, Molina, Minuto y otros diplomáticos.

EUSEBIO BLASCO.

¿LOS FRAILES?

Un siglo nos han estado diciendo que gracias á los frailes gobernábamos y domábamos las Filipinas...

Y